

BURGOS 2025
DÍA DEL PÍNFANO
CONCURSO DE RELATOS



MI PRIMER DIEZ MIL

Santiago de Ossorno de la Puerta

En agosto de 1969 alguien tuvo la feliz idea de organizar las Olimpiadas de Verano del Castillo de Santa Cruz, éramos pocos alumnos, menos de cien pínfanos, pero al parecer suficientes para organizar una olimpiada colegial.

Se establecieron dos grupos de edad para igualar las fuerzas, uno hasta los 16 años cumplidos y otro de mayores a partir de esa edad; en julio había cumplido los 15 —la noche de mi cumpleaños el astronauta Neil Armstrong pisó por primera vez la Luna y pronunció la famosa frase «Es un pequeño paso para un hombre, pero un gran salto para la Humanidad»—, así que me tocaba competir en la categoría de los pequeños, pero éramos tan pocos los apuntados que en la mayoría de las pruebas solo se pudo formar un grupo mixto sin límites de edad.

Las primeras se celebraron sobre la arena de la playa en las horas de marea baja, había que darse prisa porque cada seis horas subía o bajaba; recuerdo los lanzamientos, en martillo no participé porque apenas podía levantar del suelo aquella pesada bola encadenada de 7,26 kilos; si no recuerdo mal, lo ganó Martínez Mateos, un coloso murciano que lanzaba el artilugio más lejos que nadie y casi ponía la bola en órbita; visto el percal tampoco participé en otros lanzamientos, ni de jabalina ni de peso, para evitar accidentes en las piernas porque las necesitaba para correr que era lo que me gustaba.

Hubo más pruebas olímpicas, incluso de natación en aguas abiertas, en el mismo lugar pero con marea alta; el muelle lateral de servicio se convertía en una plataforma de saltos lanzándonos al mar desde el borde, había allí una escalera de hierro oxidado para subir tras cada salto y una pequeña grúa manual para subir mercancías y material de peso (nunca personas); los días transcurrían lentamente entre pruebas y más pruebas, pero la que yo quiero contar es la de carrera en ruta; un recorrido medido de 10 kilómetros entre ida y vuelta que saliendo del muelle del pueblo llegaba hasta la mismísima puerta del Pazo de Meirás.

Sobre la línea de salida, en el aparcamiento del restaurante Maxi, solo estábamos diez o doce osados participantes, nada más dar comienzo la prueba todos los corredores salimos pitando cuesta arriba en dirección al cruce, pronto dejé de verlos pero no me desanimé y seguí a lo mío; casi llegando al Pazo de Meirás me iba cruzando con los que volvían, me animaban al verme y los fui contando para situarme en la clasificación general, no estaban todos, los que faltaban no sabía dónde se habrían metido, o se habían confundido de recorrido y acabaron en Betanzos, o se metieron en alguna huerta del camino para coger fruta y beber agua del pozo, o también puede que se hubieran retirado. Me daba un poco igual porque yo pensaba llegar a meta pasase lo que pasase.

Apostados junto al Pazo de Meirás, los jueces de carrera registraron mi paso y tomé el camino de regreso hacia el Castillo, toda la prueba la hice en solitario pero no me importaba, puede que fuera mejor para mí porque podía llevar mi propio ritmo sin preocuparme de nada más, siempre he sido resistente y bastante cabezón, de acabar lo que empiezo.

Llegando al cruce de Santa Cruz unas chicas mayores, de una colonia de verano que había en el pueblo, estaban animando al borde de la carretera junto a su residencia y me aplaudieron al pasar, debieron verme pequeño al lado de los que habían pasado un buen rato antes y querrían animarme, la verdad es que lo consiguieron.

La llegada estaba habilitada sobre la arena de la playa, allí aguardaban los corredores que iban terminando, el resto del colegio, los chicos y chicas locales de nuestra pandilla y algunos veraneantes aburridos que asistían como público al evento para pasar la mañana, nuevos aplausos y fin de la carrera; había conseguido completar los diez kilómetros y estaba tan cansado como contento. Por supuesto no recuerdo la marca que logré, pero la satisfacción era tan grande que no cabía en mí de gozo; siendo adulto me convertí en maratoniano y participé en muchas carreras de todas las distancias en varios países, incluso en una de cien kilómetros, en esa las pasé

canutas pero también la terminé, y tengo guardadas las medallas recibidas como premio al esfuerzo.

Al terminar las olimpiadas se organizó una merienda en el Castillo para la entrega de premios, se invitó a personas del pueblo con las que teníamos trato; se montaron mesas al aire libre junto al torreón dónde estaban la enfermería y la consulta del médico, el mismo en el que le gustaba sentarse a escribir a doña Emilia Pardo Bazán, y convocados por la campana del Castillo fueron llegando los invitados. Para los pínfanos fue una celebración por todo lo alto, la fiesta del verano; al acabar la merienda, nos autorizaron a montar un guateque con bebidas y tocadiscos en el comedor.

Pero antes tuvo lugar la entrega de medallas a los ganadores de cada prueba, por turno los iban llamando y se las entregaban, hubo muchos aplausos porque se lo habían ganado y todos estábamos contentos por haber sido capaces de organizar y participar en las olimpiadas; cuando pensaba que ya había terminado el acto de entrega se anunció que iba a entregarse un premio especial al mérito deportivo, lo que viene siendo un premio de consolación; resultó que el premiado era yo, mi único mérito consistía en que, sin tener opciones de medalla en ninguna prueba, había participado en el grupo de mayores siendo de los pequeños, a pesar de lo cual había demostrado un fuerte espíritu de superación que debía ser reconocido.

Sorprendido, me levanté entre los aplausos de los asistentes para que un compañero de clase y buen amigo, me diese la enhorabuena mientras me colgaba del cuello la preciada medalla; era la sorpresa que me quiso dar aquel día y sin duda lo consiguió porque la mantuvo en secreto; nos conocíamos desde que ingresamos en las Mercedes con ocho años recién cumplidos y estudiamos juntos hasta terminar Preu, fueron nueve largos años compartiendo penas y alegrías por los distintos internados y todos sabemos lo que eso une.

Quizá no debería decirlo, pero este amigo me birló la primera novieta que me eché en el Castillo, se llamaba Mariví, una guapa chica, hija mayor de los dueños del restaurante O Pote; aquel verano yo acababa de declararle mi amor adolescente, pero al segundo día de iniciarse nuestra breve relación romántica me dejó plantado por él; fue verlo salir del agua en bañador con aquel cuerpo de atleta que se gastaba y, en cuanto le pidió una toalla para secarse, ella cayó rendida a sus pies, no había color.

Adonis a su pesar, él no tenía ninguna culpa por despertar pasiones en el elenco femenino de la pandilla, de hecho no mantuvieron relación pero, las comparaciones son odiosas, aquello elevó el listón de exigencia de Mariví y como yo no daba el nivel corporal mínimo requerido me quedé compuesto y sin novia. Nada grave, eran efímeros amores de verano, pero me dolió bastante (durante cinco minutos).

No hace falta decir que sigo conservando aquella medalla como oro en paño, la foto que encabeza el relato lo demuestra, aunque no haya conseguido limpiarla bien para que se lea mejor la leyenda, dice «Castillo de Santa Cruz 1969 MAYORES»; tengo muchas medallas gracias a mi afición por la carrera a pie, pero, por encima de todas, incluyendo las muy trabajadas y sufridas de los maratones, la de este relato es la joya de la corona que luce, orgullosa y sin complejos, rodeada de las demás en un lugar preferente.

Como el primer amor, ella también fue la primera y eso nunca se olvida.